

trapo. Y uno recuerda entonces un salto que consignan todas las biografías de Poe, y un reventón, el más inmortal desfondarse de un zapato que registra la historia de la poesía porque le aconteció al único par de botines que tenía el más grande poeta de su tiempo. No sé si Poe se envolvió el pie en un trapo, pero a la taberna fue. Siempre iba. Un año antes de morir Poe, Estados Unidos anexó los yacimientos de oro más grandes del continente; Poe no tuvo tiempo de hacer la mochila e ir a descubrir alguna veta: vendió el poema más bello de la lengua inglesa en cinco dólares. La pequeña Virginia Clemm, entonces, murió tísica. Otro hombrecito, muchos años después, filmará una cinta, descubrirá un yacimiento y salvará una muchacha.

Los dos entendieron que la redención de los hombres está en ser como los chicos; Carlitos nos recuperó para la infancia de la risa; Poe para la del miedo, para el horror puro, elemental. A veces los sueños de Poe se enmarañan con los de Charlot y escribe un cuento como *El método del profesor Alquitrán y el doctor Pluma*, que pudo ser imaginado por Chaplin y éste filma *Monsieur Verdoux*, que pudo ser una pesadilla de Poe. Usher tapiaba a sus mujeres; Verdoux las quema.

Cada hombre es la proseguida tentativa de otro hombre. El que yo digo anduvo a tropezones una terrible noche de Baltimore. Recortada contra los torvos callejones, su apostura antigua de caballero sureño, raída, le daba una vaga apariencia de dandy del arroyo. Al doblar una esquina —borracho a muerte, a láudano— estuvo a punto de caer despatarrado y el vigilante que lo seguía se atusó el bigote. Durante un segundo sólo hubo la luna histórica, de albayalde, sobre la calle. Y entonces ocurrió. El Caballero de la Tropezante Figura, de pronto, había resuelto para siempre el problema más grande de su vida. Era el 7 de octubre de 1849 y para eso se había escapado de su casa una remota Nochebuena. Maravillosamente recuperó el equilibrio. Abrió los pies, revoleó el bastón, le crecieron desahorados zapatazos de polichinela, giró sobre sus talones, y al regresar —quitándose el sombrero con rápido saludo— pasó, muy orondo, ante el perplejo vigilante nocturno. Después, se inventó un camino.

Y así anda por el mundo, de lo más atento, saludando a la gente por cualquier motivo, salvando muchachas, rompiendo vidrios, levantando una bandera obrera, comiéndose los cordones de los botines, jugando, para siempre, a ser Carlitos.

Thamar y Amnón, incestuosos

Mi propósito es restablecer la vigorosa inmoralidad de un texto sagrado, la Biblia, cotejando un categórico incesto que narra Dios (2 *Samuel*, XIII) con la hermosa pero apocada versión de idéntica fechoría puesta en verso por Federico García Lorca. Me refiero a cómo Amnón fornicó a su hermana.

En los libros III y X de *La República*, Platón, ese inocente antepasado de Goebbels y de Zdanov, expulsó de su sociedad perfecta a los poetas porque la poesía corrompe el espíritu a fuerza de mentiras, induce a error, engaña a la juventud tentándola a cometer los mayores crímenes. El artista ni siquiera puede imitar la realidad; la deforma. La cama no está en la naturaleza (el ejemplo es de Platón), la Cama de las camas es anterior a todo brutal deseo de copular o dormir y se descalabra hasta la parodia en

los tablones del carpintero que la copia; pero esta mentira tiene, por lo menos, la justificación de facilitarles el descanso o la procreación aun a los filósofos idealistas. En cambio, la imitación pintada o en verso de una cama es pura simulación o locura, vana cama aproximativa: crepúsculo de cama. Platón dijo estas cosas hace veinticinco siglos; teóricos del realismo naturalista, fanáticos de lo real, insisten en calumniar a los novelistas y poetas por no ver el mundo como ellos suponen que es. Las rosas de la poesía sueñan sueños enigmáticos bajo sus muchos párpados, que los poetas se niegan a llamar pétalos; o un hombre y una mujer, parecidos a tigres, se buscan en los cañaverales del pecho. Los poetas también falsean la Historia. Ahora Ricardo III de Inglaterra es Shakespeare, o incluso Lawrence Olivier, clamando por un caballo. Confieso que, personalmente, la historia inglesa me interesa algo menos que los versos de Shakespeare, aunque le reconozco el mérito de haberlos permitido. Ni qué decir que al cotejar a Lorca con la Biblia no opongo una mentira poética a una verdad histórica; busco, si es oportuna semejante declaración, celebrar una buena pornografía.

El libro de Samuel tiene algo desorbitado, que no pudo fijar Lorca: una brutalidad de tragedia griega. El poema de Lorca, tiene una música.

En la adolescencia me hice a la idea de que los versos más sorprendentes del mundo son éstos:

Thamar estaba soñando
pájaros en su garganta.

Soñar pájaros, por cantar. Soñarlos con la voz. La historia de Thamar y Amnón se me habría olvidado si no fuera por esas dos líneas y por la irresistible frivolidad de otro verso: «Negros le dirigen flechas». Todo lo otro, los caballos despavoridos, las sábanas ensangrentadas, el furor del rey David cortando con unas tijeras el encordado del arpa, es, para mi gusto, bella poesía, pero bella en un grado menor de la que resuena en la Biblia. Vamos a ver. En la Biblia la narración es feroz; Amnón, dice el texto, se enamoró de Thamar que es hermana de Absalón, hijo de David, y que es hermosa; por pudor o por astucia no denuncia todavía que Thamar y Amnón también son hermanos. En la Biblia, el amor de Amnón es imperiosamente masculino, amoral y sin ninguna excusa: estaba angustiado hasta enfermarse por Thamar su hermana, pues por ser ella virgen (no por ser su hermana) le parecía a Amnón que sería difícil hacerle cosa alguna. García Lorca, en cambio, impone una suerte de fatalidad telúrica. Hay el hipnotismo girante de la Luna, la sed de la tierra calcinada, el verano con rumores de fuego y de tigre; es en esa caliente noche del desierto que Amnón ve, desnuda, cantando, a Thamar. Lorca no inventó esta escena; la tomó de un texto anterior del segundo libro de Samuel, el capítulo once, donde se narran los amores de David y Betsabé: ahí la hora es el crepúsculo y es David quien ve, bañándose desnuda, a la mujer de Urías. (Un buen ejemplo de cómo acontecían los amores en la Biblia, que Esquilo habría aprobado: el gran rey David seduce a Betsabé, la preña, manda asesinar a su marido.) En el versículo cuatro de nuestra historia Amnón se confía a un amigo; sus palabras parecen eludir y, al mismo tiempo, enfatizar el incesto. Dice: «Yo amo a Thamar, la hermana de Absalón mi hermano». El amigo le aconseja que se finja enfermo y que pida

que Thamar venga a darle de comer; Amnón se acuesta. García Lorca nos asegura que eso ocurrió a las tres y media de la tarde, hora en que

La luz, maciza, sepulta
pueblos en la arena parda.

Hasta las jarras, en el poema de Lorca, arden como estanques en verano, en los troncos cantan las cobras calientes. Amnón gime, envuelto por la fiebre. Entra Thamar.

En la Biblia, ella hace hojuelas para que Amnón coma; él manda echar fuera a todo el mundo y le pide que le dé de comer con su mano. Hay algo espantosamente bello y fraternal en esto. Pero lo que García Lorca le hará decir ahora a Amnón es tan hermoso que ni aunque Dios hubiera dictado realmente la Biblia podría emparejarlo.

Thamar, bórrame los ojos
con tu fría madrugada.

dice el Amnón de Lorca. El del Señor, rotundo y sin eufemismos:

—Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.

Yo no sé cuál de las dos proposiciones prefiere el lector. Puesto en la situación de Amnón, yo, pese a la belleza de la primera, habría elegido la segunda. La inmediata respuesta de Thamar, en la Biblia, es sosegada y pasmosa. Thamar le pide a su hermano que no cometa violencia con ella porque no se debe obrar así en Israel; que no haga esa vileza porque ¿adónde iría ella con su deshonra? O de otro modo, no le dice que no, le dice que lo piense un poco. Y sobre todo le dice que sí. «Te ruego ahora», le dice, «que hables con el rey, que él no me negará a ti». Con el rey, vale decir con David, padre de los dos. La Thamar de Lorca se comporta con cierta mojigatería. Déjame tranquila, hermano, le pide. Y después le pide que no le haga cosquillas, sólo que se lo pide en verso.

Son tus besos en mi espalda
avispas y vientecillos.

No parece muy serio, cotejado con los versículos poderosos de la versión bíblica. Lo que se puede decir de alguna manera, pensaba Wittgenstein, puede decirse claramente; pero de lo que no se puede hablar, hay que callar. Nietzsche, veinte años antes de nacer Wittgenstein, ya había pensado lo mismo dándole una forma más inapelable. No se debe hablar, escribe, sino cuando ya no hay derecho a callar. Amnón va a acostarse con Thamar, su hermana, y ni Lorca ni el autor sagrado están dispuestos a callarse. En este momento, el poeta español acumula varias de sus metáforas más hermosas. Visual, casi cinematográfico, nos muestra las caballerizas donde relinchan los cien caballos del rey, los pesados volúmenes de sol que gravitan sobre las parras. Amnón toma del pelo a Thamar; ya le rasga la camisa. A la sangre de Thamar, le llama coral tibio; a su vientre, rubio mapa. Y uno ve, en efecto, la sangre y el pubis de oro. Hay gritos que vuelan por encima de las casas, hay espesuras de puñales y desgarradas túnicas, hay escaleras tristes por las que suben y bajan esclavos. Las nubes están quietas. *Paradas*, dice Lorca. Hay émbolos y muslos bajo las nubes. Y todo eso está bien, hasta mucho más que bien. Es lo que uno de los mayores poetas de nuestra lengua hizo para

siempre con un tema erótico. En el pasaje análogo de la Biblia no hay erotismo: hay sexo. Grave y lacónico, el poeta sagrado no se excita con sus propias palabras. Nos habla de un mundo donde los hombres tenían cuarenta o cincuenta hijos o, como Salomón, doscientas esposas legítimas y setecientas concubinas. Dice: «Mas él no la quiso oír, sino que pudiendo más que ella, la forzó y se acostó con ella». Y a esto yo le llamo contar. Lo que sigue retumba como una tragedia clásica. «Luego la aborreció con tan gran aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado. Y le dijo Amnón: Levántate y vete. Y ella le respondió: No hay razón; mayor mal es este de arrojarme, que el que me has hecho» (2 *Samuel*, XIII, 11 a 16).

El resto carece de importancia. García Lorca incorpora unas vírgenes gitanas, pámpanos y peces. Amnón huye. Es en este momento cuando, desde las atalayas, negros le dirigen flechas.

El Amnón bíblico sigue viviendo en su casa, odiado por Absalón, su hermano y hermano de Tamar. David nunca lo castiga. Dos años más tarde, Absalón, que no le perdonó a Amnón la violación de Tamar, levanta en armas a sus hermanos y lo hace matar.

Abelardo Castillo